

www.elboomeran.com

Julián López

UNA MUCHACHA
MUY BELLA



ETERNA CADÊNCIA
EDITORA

López, Julián
Una muchacha muy bella. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Eterna Cadencia Editora, 2013.
160 p. ; 22x14 cm.

ISBN 978-987-1673-97-1

1. Narrativa Argentina.
CDD A860

© 2013, Eterna Cadencia S.R.L.

© 2013, Julián López

Primera edición: junio de 2013

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA
Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires
editorial@eternacadencia.com
www.eternacadencia.com

ISBN 978-987-1673-97-1

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico,
sin la autorización por escrito de los titulares del copyright.

*A Francisco, a Elsi, a Delia,
a Oscar, a Guillermito.*

Mi madre era una muchacha bella. Tenía la piel pálida y opaca, hasta podría aventurarme a decir que azulina, un destello que la hacía única y de una aristocracia natural, lejana de toda trivialidad mundana. Tenía el pelo negro; claro, ya dije que era una muchacha bella, lacio pero pesado y con un diseño de cabellera como no creo haber visto. No hablo de su peinado, de la manera en que lo dispusiera su pelo caía gracioso y en forma, siempre parecía prolijamente recortado. Hablo del contorno de su pelambre, del dibujo lineal de ese océano de antenas flexibles en el que terminaba el piélagos de su cara. Nació simétrico y visible en el contraste, potente en cada uno de sus hologramas tubulares, y dibujaba un corazón sutil en el inicio de la mollera que a medida que bajaba se hacía cóncavo en las sienes elegantes.

Mi madre era una muchacha bella y voluptuosamente delicada; aun cuando pasáramos la vida que vivimos en una casi absoluta soledad, tenía un modo extraordinariamente sensual de ser para sí y, claro, ahí estaba yo con mis siete años, también para mí.

Hablaba de un modo profundo y a la vez despojado de la pretensión con la que hablan quienes quieren impresionar o quienes querrían ser intelectuales o, incluso, quienes quieren seducir. En medio de alguna palabra poco usual, adoraba acicatear su lenguaje con insectos verbales que lo mantuvieran despierto, tiraba con las manos su pesada cabellera hacia un lado o hacia el otro, como el paño suntuoso de un torero; clavaba sus pupilas brunas en el piso —¿dije ya que mi madre era una muchacha muy bella?— y las ascendía lentamente hasta mis ojos para entonces retomar la velocidad de sus argumentaciones casi siempre indignadas, casi siempre ofensivas, casi siempre ingenuas.

Vivíamos en un departamento de dos ambientes con una cocina luminosa que daba al pulmón de un edificio modesto pero sofisticado, esas construcciones de los 50, de no más de tres pisos sin ascensor, fresca en verano, helada cuando llegaba el otoño. Nuestra casa tenía un baño revestido de mosaicos negros, juntas verde pálido y grifería que alguna vez fue importante pero que envejeció con la premura con que uno pasa las páginas de una revista de moda de temporadas anteriores. El departamento tenía un balcón inutilizable porque con solo abrir la puertaventana se caían a pedazos las molduras del frente. Además mi madre odiaba el hollín que llegaba desde la avenida a dos cuadras y también odiaba el ruido que venía desde más lejos, como del centro de los autos y de la circunvalación de los camiones, y temía a los pájaros que anidaban en los fresnos que daban su verde a nuestras dos ventanas. Una vez la vi refugiarse en mi cuarto por un pichón de calandria todavía sin plumas que la madre pájara habría arrojado del nido por imperfecto y agonizaba en

el borde de nuestro balcón. Con un palito terminé de expulsarlo para que mi madre saliera de la madriguera y el pequeño monstruo terminara sus jadeos directamente en la calle.

Durante un rato lo miré para tratar de ver en qué momento terminaba de cuajar esa gelatina, en qué segundo terminaba el estertor. No tenía plumas y tenía los párpados sellados pero había sido desairado por su madre y temido por la mía: ya se podía morir.

La casa era un living con paredes rojas que terminaban en plafones de yeso en los que se escondían los tubos fluorescentes que solían titilar una agonía rítmica más que aclarar el ambiente. Había algunos adornos que colgaban: un sombrero mexicano, de plata, del tamaño de la palma de una mano pequeña, un sol azteca de bronce, con gesto agrio y una barba de colores tejida que terminaba en un puñado de cascabeles, una foto enmarcada de Anouk Aimée y Jean-Louis Trintignant que había mandado mi tío desde París, una foto del Che, a quien mi madre llamaba “mi novio”, pegada con una chinche, la reproducción de un grafito de Alonso –una mujer sentada en el suelo, con la espalda encorvada y que parecía desnuda– y unas pocas tarjetas.

A mi madre le gustaban las postales de Holanda en época de tulipanes, ella misma las compraba, les escribía el dorso con pequeños relatos de viaje y las metía en el buzón para que yo las recibiera, más o menos 40 días después. Entonces nos juntábamos en la cocina a tomar el té y comer budín inglés y a que ella me contara todo lo que no había podido escribir en el poco espacio de la

tarjeta. Mi madre adoraba describirme los pormenores del periplo: los valles rojos en los que crecían espontáneas las amapolas, las comodidades medidas del camarote del tren que llegaba desde los Urales, bordeaba el Danubio o la hacía conocer primero Pest y luego Buda, o los deliciosos caramelos de violetas que vendían en la *patisserie* Sachel, en Viena. La fascinación agrandaba las pupilas oscuras de mi madre, que aprovechaba el relato para instruirme en materias diversas: desde una especie de geografía de ensueño hasta una antropología de imprecisas exageraciones europeas.

Hasta entonces por lo menos, mi madre no había salido del país y solo conocía Chapadmalal, Embalse Río Tercero, en Córdoba, Necochea, Tandil, La Reja, la ruta 12 y El etrusco, un hotelito de Paraná.

Sin embargo, cada vez que por algún motivo visitaba un barrio nuevo volvía a casa como una Marco Polo agotada por la excitación de la travesía a contarme las extrañas costumbres de los vecinos de Floresta o de Villa Real, los tipos de árboles que tenían las aceras, si había visto jaurías callejeras, o descubierto bibliotecas o museos o algún viejo orinando en un cantero.

Adorábamos viajar y yo aprovechaba para sacar los pedacitos de fruta abrigada del budín y mirar por los agujeritos que quedaban mientras mi madre, en plena posesión de sus relatos, los recogía con una destreza asombrosa y se los comía sin darse cuenta y sin retarme.

Por las noches el living se convertía en cuarto. Ahí dormía ella, en un sofá que se hacía litera y mentía una comodidad trabajosa y una compleja facilidad de armado. Mi madre se quejaba por no encontrar sábanas que se

ajustaran a la medida de su catre, las había enormes o las había grandes, incluso las sábanas chicas resultaban desmedidas para su cama. Una vez llegó con una bolsa con una pieza de percal blanco, una enorme tijera plateada, algunas agujas y un carretel de hilo. Lo primero que hizo fue buscar el dedal, una alhaja de porcelana, un legado que venía de las mujeres diluidas en no se sabía bien qué generación de la familia de su padre. Una joya que nadie usaba, bella pero incómoda, cargada de una potencia insostenible: el dibujo borroneado de la historia de esas mujeres que llegaron a nosotros con *todo eso mordiente, vencido y mutilado* a través de mi abuelo.

Yo miraba su cara cuando desdoblaba el pañuelito en el que guardaba la miniatura y nunca supe qué palabra era esa que había que deletrearle al aire del momento para entender la escena.

–Mañana las hago –dijo, entusiasta.

La bolsa con el percal blanco se convirtió en un gato, cada nuevo día se iba acomodando entre los almohadones del sofá hasta hacerse un ovillo desapercibido. Cuando llegaba la noche que obligaba a la transformación del living en dormitorio, la escuchaba encontrarla y maullarse por lo bajo: Mañana...

Uno de esos días dejé de ver la bolsa, y el percal se convirtió en un animal embalsamado en lo alto del modular.

Nuestra casa no era un buen lugar para mascotas.

Recuerdo ver alternadamente tres libros sobre la mesita ratona que era su mesa de luz solo después de que su cama estuviera lista y la mata de su pelo reposara ya sobre la almohada. Habría muchos más pero recuerdo solo esos: *La rama dorada*, un estudio sobre magia y religión de